

Iznalloz, 1957

(Recuerdos de una infancia)

Queridos paisanos: me siento muy halagado por esta invitación que se me ofrece para colaborar con un escrito sobre mis vivencias en el pueblo. Mi idea era –sobre todo por criterios de publicación- ceñirlas a un artículo, pero pienso que éste no va a ser formato suficiente para dar cabida a cuanto deseo contar. He decidido, con perdón, algo más extenso, a modo de cuadernillo, e irlo parcelando por apartados o minicapítulos. De lo que ya no estoy tan seguro es de que las cosas que yo pueda contar de las circunstancias o situaciones de aquella época, seguramente intrascendentes, y también inconexas, vistas desde esa baja perspectiva de la niñez, puedan aportar algo. Ojalá que sí.

Salí de Iznalloz el año 1957, cuando tenía once. En esos momentos no se es consciente casi de nada; una fuerte sensación anula todo lo demás: el miedo a lo que te vas a encontrar. Son los años los que poco a poco le van dando importancia a aquel hecho, hasta que sientes que ese que fue tu pueblo lo será ya para siempre. Entonces vas avivando y restaurando unos recuerdos hasta consolidarlos y enrocarlos, a modo de piedras sillares en las que asentar tu nómada existencia.

Familia.

En Iznalloz me queda una de las cosas más importantes de mi vida: los restos de mi padre, Federico Guerrero Velasco, que reposan en ese cementerio. Mi madre se llamaba Carmen Pérez Sánchez y era de Maracena; falleció en Madrid. Mi último familiar vivo, una sobrina de mi padre (Emilia), que vivía en la Cuesta de la Ermita, en la última casa bajando a la derecha, se fue hace más de treinta años a Granada. Que yo recuerde, por parte de la familia de mi padre no teníamos apodo ninguno, cosa que por otra parte me extraña... Si lo había lo desconozco.

Amigos.

Pero en Iznalloz me quedó ya para siempre mi niñez, siempre estará ahí. Tenía muchos amigos, de los que mi memoria en ocasiones restaura sus caras, en otras sólo sus nombres, en las más me tengo que conformar con sus apodos, con perdón: dos Pepes, el “de la Majama” y el “de la Eleuteria”, “Rubiche”, Gerardo, el “de la Piedad”, el de “la Generali”, Emilio, el “Cotorro”... Otros de mis amigos fue el malogrado Narci. Los niños de la escuela nos turnamos portando su pequeño féretro blanco. Su madre, que “ponía” inyecciones, era muy amiga de la mía.

Entre los amigos de mis padres recuerdo a la familia del “Apañao”, cuyo marido tocaba el acordeón, a la del “Cuco”; a la Petra, a la Concha del “Caña”; a la Pepica “del Carlos”, con su tienda de tejerinos; a “Guarda Bulas”, gran amigo de mi padre; al “Curato”, a Antonio el “Casero”, a “Menanes”... y sobre todo a Antonio Vidal.

La iglesia.

En cuanto al pueblo, recuerdo, cómo no, la iglesia. La recuerdo como una gran obra monumental, mitad templo consolidado, mitad intemperie columnada, en permanente espera de anexión. Precisamente el primer recuerdo de mi niñez del que

tengo consciencia se sitúa dentro de esa iglesia. Fue el día de mi bautizo. Nos bautizaron a mi hermano y a mí juntos; mi hermano, que tiene cuatro años menos que yo, tenía un mes. Cuando vi que lloraba al caerle el agua, les fue muy difícil a mis padres alcanzarme corriendo entre los bancos...También recuerdo las filas que hacíamos los niños durante el recreo de media mañana en la puerta de la sacristía para que nos dieran un jarrillo de leche, fabricada con el polvo que nos habían enviado “los americanos” en unos enormes bidones de cartón. Algunos días también nos daban queso de un color muy amarillo, que venía envasado en unas latas grandes, también amarillas, y que cuando conseguíamos alguna vacía solíamos hacer con ella un tambor.

La escuela.

En aquella época el sistema educativo separaba a niños y niñas. De la escuela de las niñas no recuerdo exactamente su ubicación. Las de los niños eran dos, las dos en la plaza. La mía estaba en un extremo de la misma, en el inicio de la calle que iba hacia la Plaza de la Iglesia. Ocupaba el piso superior del edificio y era larga y estrecha, muy estrecha. El maestro, D. Antonio Marfil Covaleta (del que guardo un gratisimo recuerdo) solía decir de ella que era un “tejerino” y suspiraba por poder ocupar algún día una mejor. En uno de los locales del bajo del edificio había una latería. La otra escuela, la privada, estaba en la misma acera algo más al centro de la plaza. Igualmente ocupaba la parte alta. En esta ocasión en los bajos había una pescadería (la única del pueblo, creo). El maestro de esta escuela se llamaba D. Enrique.

Solamente utilizábamos un libro: “la enciclopedia”. En ella estaban todas las materias. En la portada interior se podía leer: “Enciclopedia cíclico-pedagógica, por D. José Dalmau Carles, Profesor Normal. 700 grabados. Editada e impresa en Gerona, en 1945. Utilizábamos dos cuadernos, uno rayado para gramática, geografía, etc. y otro, cuadriculado, que en la contraportada exterior llevaba impresas las tablas, para aritmética, geometría, etc. y la pizarra y el pizarrín. En el centro de cada pupitre, que era para dos personas, había incrustado un tintero y una hendidura a cada lado para alojar las plumas, que cada cuatro o cinco palabras escritas había que volver a mojar.

Médico y botica.

También había dos médicos: D. Leonardo (D. “Nonardo”, le decían) que era el del seguro, estaba en un primer piso de la Cuesta de la Cárcel; y D. Domingo, que era el particular, y estaba en el inicio de una calle que, oblicua, partía de la calle principal. Igualmente las farmacias eran dos: una en la Cuesta de la Cárcel, junto al “consultorio” de D. Leonardo; y otra en la calle principal, junto a un bar que se llamaba “La Campana”.

Plaza y alrededores.

Al lado del bar “La Campana” recuerdo una tienda de telas que, en aquella época de estrechez económica, contribuyó sobremanera a paliar la penuria: adelantaba sábanas, mantas y telas para remiendos, que luego se le iban pagando en pequeñas cantidades. También recuerdo cuantas veces pudimos merendar mi hermano y yo gracias a las onzas de chocolate, que también “fiao”, cada tarde nos “apuntaba en la cuenta” la “Mariquilla”, que tenía su diminuta tienda en la plaza.

Además de lo citado, en la plaza existían dos o tres bares, una frutería (que hacía esquina), y bajando unos breves escalones, en la Plaza del Juzgado, estaba éste, el Ayuntamiento, y, haciendo ángulo recto con esta pared, otra con un pilar de dos caños con cazuelas independientes. Como no había agua corriente en bastantes de las viviendas, de éste y de otros dos: uno en la Plazoleta de Misa y otro en el Barrio Alto, se acarreaban los cántaros. Sólo recuerdo otro establecimiento más en esa plaza (seguro que se me olvidan bastantes): era un local de loterías que estaba en la acera de enfrente de mi escuela. De ahí partía una calle, paralela a la que iba a la Plazoleta de Misa, que conducía al Castillo, y a la calle Laberinto, donde yo nací. En el inicio de la calle que comenzaba en la plaza se instaló la primera entidad bancaria de Iznalloz. Era la Caja de Ahorros de Granada.

No sé quien pudo ser -quizá la misma entidad- nos abrió una cartilla, a mi hermano y a mí, con cinco pesetas cada una, para iniciarnos en la sana costumbre del ahorro. Pero fue inútil: no sólo no las pudimos incrementar nunca, sino que pasado un tiempo hubimos de sacarlas.

Ahora, con el paso de los años, nos damos cuenta de que nos tocaron vivir unos tiempos muy difíciles, para todo el mundo y en toda España. Recuerdo que anochecido, en la Plaza Mayor se reunían los hombres a la espera de que alguien les contratara para la jornada del día posterior. No muchos eran los elegidos. Mi padre, como bastantes hombres del pueblo, se dedicaba a las labores agrícolas, aunque por suerte nunca estuvo parado. Trabajaba fijo con D. Antonio Vidal, del que guardo un entrañable recuerdo, así como de toda su familia.

“Plaza de la herrería”.

No era una plaza propiamente dicha, ni tampoco se llamaba así, por eso lo entrecomillo. Los niños la llamábamos la plaza de “tin, tin, tines”, pues ese era el sonido que continuamente la inundaba: la percusión, extremadamente aguda, de los martillos contra el yunque en su afán de enderezar las herraduras. Era un amplio espacio triangular, sin asfalto y sin aceras, donde se herraba a las bestias. Sólo dos fachadas estaban construidas, una de casas, en la que había un pequeño taller de bicicletas, y en la otra la herrería, que era una alargada nave en el borde mismo de un precipicio que se llamaba “El Melenchón”.

Dando un rodeo por una peligrosa vereda, y cargadas con tachos de ropa, descendían las mujeres a las piletas de un arroyo a lavar. Arriba, la tierra de la explanada, era el mejor sitio del pueblo para jugar a las bolas. Aparecía llena de los hoyos propios de éste juego. Siempre estaba llena de niños. Aunque la verdad no era un sitio muy seguro como “parque infantil”.

En cierta ocasión fue un verdadero milagro que no sucediese nada. Era por la tarde, casi anochecido, pero aún quedábamos bastantes niños, cuando un camión que bajaba sin frenos, incapaz de tomar a la derecha la curva del “Escollado”, siguió recto, atravesó la plazoleta y se fue a empotrar en la rampa ascendente de una cuestecita que salía del vértice de la plaza. Acudimos todos corriendo. Recuerdo, como si hubiese sido ayer mismo, cómo le gritábamos al aturdido conductor cuando intentaba salir: “Por ahí no, por ahí no...” Hubiese caído al barranco. El camión se había quedado atascado entre la pared de la derecha y el pequeño murete que en la parte izquierda y a forma de mirador protegía del precipicio. Esta callecita empinada conducía a un altiplano uniformemente empedrado donde estaban la “cruz de los caídos” y el cuartel de la guardia civil.

Autoridades.

La visión que los niños teníamos de las autoridades era muy elemental. La más cercana a nosotros y evidentemente la más conocida eran “los municipales”. En aquella época eran dos: uno, el más adulto era muy correcto y sobrio; el otro, muy joven -precisamente le llamaban “el Pipiolo”-, se dedicaba más a nosotros y le teníamos como una especie de hermano mayor que de vez en cuando nos regañaba.

Otra cosa era la percepción que teníamos de “los civiles”. No sólo distinta, sino totalmente contraria. Su presencia nos infundía mucho respeto, y hasta algo de miedo: -“¡Cuidado que no es un municipal, es un “civil”! Pero con la misma sinceridad y contundencia que afirmo lo anterior he de decir que era algo totalmente injustificado, ya que nunca se produjo nada que indujera a tal.

En cierta ocasión acompañé a mi madre al cuartel. Íbamos a comprar una máquina de coser que vendía la esposa de un guardia civil. Mi madre salió cargada con la máquina, yo con un miedo espantoso. Recuerdo insoportables los momentos que estuve dentro de aquel recinto. Aunque aquí tampoco había justificación: el trato de la señora fue exquisito, que debió presentir mi estado, y me prodigó toda clase de mimos, pero yo no lo podía evitar.

De la corporación municipal apenas si teníamos conocimiento. Sí del alcalde, aunque para nosotros era algo muy alejado en la altura. -“Es mu güeno”, solíamos decir. Hablando de altos estamentos, una vez vimos a Franco. Pasaba por “la general” camino de Madrid, y nos llevaron al cruce en camiones.

-“No le veremos, pasará a mucha velocidad”.

-“Pasarán muchos coches y ni siquiera sabremos en cual va”.

Tras una larguísima espera pasó: ¡Franco, Franco, Franco...! y sí lo pudimos ver.

-¡Nos ha saludado, nos ha saludado!

-¡Que no nos ha saludado, que no! Que sí, que no, que sí, que no...

Había pasado bastante despacio, y pudimos verle. Iba en uno de los coches de en medio. Pero no nos saludó: Iba con el brazo en alto, agarrado a uno de esos asideros que tienen los coches cerca del techo.

El tren de las cinco.

Casi nadie tenía reloj. Ni siquiera el capataz que contrataba una cuadrilla para recoger aceituna. En algunas ocasiones me cogieron a mí. A los adultos les pagaban quince pesetas diarias, a los niños diez. La hora de terminar la jornada era a las cinco de la tarde. Pero a falta de reloj, como digo, esa hora la marcaba el tren de las cinco que pasaba hacia Madrid. La pena era que siempre pasaba con mucho retraso...

Explanada de la estación.

Evidentemente que el centro neurálgico del pueblo era la plaza, pero a nivel de comunicaciones, de transporte de mercancías y en definitiva del nexo que lo unía con el resto del mundo, era la estación. Por aquel entonces se comenzaba a hablar de que habían proyectado construir un gran silo para el almacenamiento del trigo. Mientras

tanto el SNT (Servicio Nacional del Trigo) se apañaba con una nave que había detrás de la vivienda de D. Antonio Vidal, en la que unas barreras de rudimentarios tablonos constituían las trojes. Durante la temporada de recogida el trasiego de este almacén daba trabajo a bastantes hombres. También el Ventorrillo era un lugar de mucho movimiento, debido en gran parte a la carretera. Todavía no se habían construido “Los Arcos”, y en el Ventorrillo estaba el único surtidor de gasolina del pueblo. También estaban las eras, en el margen exterior de una curva de herradura que describía la carretera, que a forma del garabato de una rúbrica descendía del pueblo al Ventorrillo.

Desde la atalaya donde estaba mi casa era desde donde mejor se podía apreciar el diáfano paisaje de este valle: las eras, el Ventorrillo, la estación, la alameda del río, los dos puentes –el romano, abajo mismo-, el cementerio... así como la carretera que serpenteaba todo este recorrido hasta que, a la misma altura de mi casa, se perdía por la montaña, al otro lado del precipicio. Por cierto, no alcanzaba a divisarse la montañita de Escalona, como afirmo en el relato de ficción “El Tejar”, que sitúo en Iznalloz; de la misma manera que, como muy bien sabéis, tampoco existe por ejemplo el apeadero ferroviario de “El Tejar”, como otras muchas que, por conveniencia del guión, describo en ese escrito.

“Generala y Pastora”.

Hablando de las eras, me encantaba acompañar a mi padre en su trabajo, y mucho más en la temporada de la recolección. No digamos si le “ayudaba” a barcinar. Ahí me sentía hasta importante. Mi sensación era que los demás hombres trabajaban porque yo les acarreaba lo necesario. No en vano era yo quien iba a la reata “conduciendo” a “Pastora y Generala”, la pareja de mulas que siempre tuvo mi padre en su vida laboral. En cambio trillar era una diversión. Sólo me dejaban hacerlo al final, cuando la parva ya estaba bien molida. Ahí ya no era un trabajador sino un “señorito”, paseando en un coche de caballos... Otra cosa era el inicio, que me infundía un tremendo respeto, y hasta miedo: los hombres, cabalgando aquella frágil “barquilla”, intentando domar el hosco oleaje de aquel mar de espigas...

En el invierno le acompañaba menos. Recuerdo una ocasión en la que fuimos a arar al “llano”. Nunca la olvidaré. Comenzó una granizada tan fuerte que el pedrisco causaba heridas. El ruido era ensordecedor y las mulas se espantaron, pero cuando mi padre las juntó y me metió a mi debajo no se movieron ni un milímetro.

Lo que ahora narro me lo contó Antonio Vidal, mi padre ya había fallecido.

- Antonio, ¿qué te han dicho de “Pastora”?

- Nada en concreto, Federico, ya sabes que es muy nerviosa y no se deja tocar de nadie. Me han dicho que se la deje en observación unos días.

Antonio la había llevado a que la vieran en Granada porque llevaba unos días indispueta. Pasaba el tiempo y cada visita era más desalentadora. No había mejoría, ni siquiera diagnóstico.

- Antonio, ¿cómo está “Pastora”?

- Mal, Federico, cada día la veo peor. No levanta cabeza.

Lo de no levantar cabeza era literal. Estaba tumbada en la cuadra de aquel veterinario y no respondía a ningún tratamiento.

- Respira con mucha dificultad y el veterinario se teme lo peor. ¿porqué no vienes a verla?

Cuando vio entrar a mi padre –me contó Antonio- se puso en pie de un brinco y sólo le faltó abrazarle. Fue algo sobrecogedor -me seguía contando Antonio

rememorando a su amigo-: mientras mi padre la acariciaba el animal insistente y nerviosamente le abría la boca. Sin pensárselo dos veces le metió la mano hasta que el brazo entero se perdió dentro del animal, y, tirando con fuerza, extrajo una enorme sanguijuela, más grande que una naranja grande. Regresaron a Iznalloz esa misma noche y durante un largo tiempo la mula le seguía abriendo la boca para que le curase la herida.

Antonio Vidal Bueno.

Ya he aludido varias veces a Antonio Vidal, creo que merece un capítulo dedicado a él. Un pequeño apartado en el que al menos tenga cabida esta historia. Más que nada para mostrar el hermoso sentido de la amistad y la rectitud de una persona.

Uno de los ejemplos más terribles y decisivos de la Guerra Civil fue la “Batalla del Ebro”. Mi padre, que la padeció y la perdió, hubo de atravesar herido el río para salvar la vida. E igual que tuvieron que hacer otras muchas personas, para seguirla salvando, tuvo que huir a Francia. El gobierno del general Franco dictaminó que si alguna de aquellas personas eran “avalada” con su firma por alguien, lógicamente del bando vencedor, podía regresar. Era muy difícil encontrar quien se prestara a firmar, pues la situación para los propios vencedores también era delicada, en un clima de desconfianza en el que muchos habían de demostrar su lealtad. Incluso se llegaban a negar relaciones de amistad con todo lo que oliese al bando perdedor. Firmar algo así podía significar, como poco, connivencia con los vencidos. Hubo un hombre -en toda la extensión de esa palabra-: D. Antonio Vidal Bueno, que no lo dudó: “Yo respondo por Federico Guerrero Velasco, dónde hay que firmar”. Lo trajo y le proporcionó trabajo hasta el final de sus días. Ambos descansan, muy cerca el uno del otro, en el cementerio de Iznalloz.

Ocio.

Lo que ahora entendemos por ocio en aquella época era nulo, si exceptuamos el cine. Estaba situado en una nave que había bajando una callecita detrás de la iglesia. Y hasta tal punto no había nada más, que una de las diversiones de las tardes de domingo, consistía en bajar paseando hasta la estación para despedir al tren que anocheado pasaba para Madrid. Durante los breves instantes que paraba mirábamos fascinados a aquellas personas dentro de sus iluminados departamentos. Y cuando se alejaba, llevándose sus ventanas de luz, lentamente se regresaba al pueblo.

Pero no sé si por desgracia, o quizá por ventura, todo es relativo. Tardes como aquellas no las he vuelto a disfrutar en mi vida. El encanto de lo sencillo, de lo “descomplicado”, de la ingenuidad del desconocimiento... Estrecheces, muchas; penalidades, más todavía. ¡Pero no existe nada como el paraíso de la infancia...! Claro que ahora tenemos, por ejemplo, Cabalgatas de Reyes fastuosas, pero las que emocionaron mis siete u ocho años de edad, las que de verdad me hicieron sentir, fueron las de mi pueblo. Las que vi cuando pensaba que todo era verdad. Sabéis como eran: maravillosas. La calle a reventar de niños gritando, y la creatividad y el talento a tope, engalanando hasta lo indecible el carro del servicio municipal de recogida de basuras, animal de tracción incluido, hasta convertirlo en una carroza.

Quisiera contar algo, respecto al cine, aunque yo no lo conocí. Me lo contó mi tío-abuelo. Mucho antes, cuando aún no existía lo que pudiéramos llamar cine estable, visitaba el pueblo, muy esporádicamente, uno itinerante. Se proyectaba en la

plaza. La pantalla se colgaba en el centro de la misma, a modo de una gran sábana tendida. El haz de luz del proyector no alcanzaba más. Se colocaban sillas a ambos lados. Las de detrás de la pantalla (que se veía al revés) costaban la mitad.

Golosinas.

El mundo de las golosinas nos era casi desconocido. No porque la oferta fuese escasa, que lo era, sino porque en vez de crecer, menguaba, al ser la demanda aún mucho menor. Excepción hecha de los días de la feria, en los que en la Plazoleta de Misa se instalaban las casetas de dulces junto con las de tiro al blanco, o los columpios de las “cadenas”, o los de las barcas. El resto de año en las tiendas de ultramarinos solían tener cuatro botes de cristal: caramelos, bolas, algarrobas y regaliz.

Luego estaba la venta ambulante. Aparte de algunos “traperos” que, a cambio de trapos viejos, nos dejaban “tirar” en una ruleta que rara vez tenía premio; aparte de éstos, que solían ser forasteros, guardo un entrañable recuerdo de dos, que eran del pueblo. Las dos, mujeres. Una no cabría decir que fuera propiamente ambulante, sino que, durante el verano, tenía “puesto fijo” en una acera de la plaza. Vendía los “rasca”, unos exquisitos “helados”, que obtenía con la “viruta” de una especie de cepillo de carpintero hueco al rascar una barra de hielo. Luego le echaba unas gotas de endulzante líquido de colores: -¿Fresa, limón o menta?, preguntaba. Con elementos más sencillos no se puede obtener un mejor resultado. Cómo disfrutábamos succionando aquel frescor, mientras por los brazos, líquidos, nos chorreaban sus dulces colores...

La otra mujer era la que nos vendía los “tostaos”. Ésta sí era ambulante. Caminaba con unas alforjas de tela al hombro, pregonando su mercancía. Sin embargo no puede decirse que en realidad vendiera, pues lo que hacía era un cambio. Nos daba un cacillo de garbanzos “tostaos” por dos nuestros de garbanzos crudos. En cada lado de las alforjas cargaba unos y otros. Además de los “tostaos”, que vendía por la tarde, por la mañana vendía “pañetas” de leña que recogía por la sierra.

Juquetes.

Con los juguetes ocurría algo muy similar a lo que sucedía con las golosinas, aunque aquí la excepción se producía lógicamente en los días de los Reyes Magos. Recuerdo que la variedad de juguetes que nos solían traer sus majestades por aquella época era muy escueta. Además del clásico “parchís por una cara y la oca por la otra”, a los niños una pistola o una escopeta, ambas con la “munición” de un tapón de corcho atado con una cuerda, o un cochecito de lata, o un balón. A las niñas, a casi todas, la muñeca, y a los niños pequeños, una especie de plataforma con cuatro ruedas que transportaba un caballo de cartón.

Unas u otras cosas por lo general no solían durar mucho más allá del mes de febrero o marzo; entonces, para el resto del año tenía que funcionar la imaginación. Para las niñas existían muchos juegos que no precisaban de nada, o casi: la rayuela, la comba... Recuerdo que los niños teníamos las bolas, que era más tranquilo, el fútbol, o la tola, que era un juego que iba precedido de una carrerilla de tres espectaculares zancadas: -“¡piernas por fuera!” o -“¡piernas por dentro! y se “volaba” sobre un compañero que estaba agachado.

A este respecto de los juguetes quisiera contar algo muy hermoso que sucedió, y que con la debida modestia, me colma de satisfacción. Mi padre, al que siempre

miento lleno de orgullo, hubo de estar internado dieciocho meses en un hospital de Madrid, en los que sufrió similar número de intervenciones quirúrgicas, para suavizar las secuelas de una herida producida en la guerra civil. Creo que fue entre los años 1953 y 1954. Visto desde el prisma del momento actual el hecho que voy a narrar parecería absurdo, incoherente y hasta ridículo, pero en el contexto de los años en que se produjo fue algo muy hermoso como digo, o al menos a mí me lo parece. Igual debieron pensar todas las personas del servicio sanitario de aquel hospital, que “colaboraron”.

Lógicamente, y debido al su largo proceso de internamiento –él solía decir en sus cartas: “Este hospital es muy grande, todos los pacientes se van renovando menos yo”-, lógicamente digo, debió tener bastantes oportunidades de contar muchas cosas de Iznalloz. Entre ellas, con toda seguridad, les contaría la situación de los niños, su escasez de recursos, su precariedad... Su idea fue muy sencilla: ir recogiendo todos los carretes vacíos del esparadrapo que se consumía en el hospital. -“No os imagináis la ilusión que les va a hacer”, era la frase de agradecimiento, cada vez que aumentaba su “juguetería” con una nueva pieza.

Anchos, estrechos; grandes, pequeños; amarillos, azules, rojos, marrones... Un día llegó con su preciado “cargamento”: su saco de “papá Noel”. Fue increíble cuando lo vació: un mágico tropel de varios cientos de carretes rodando por la leve pendiente de la plaza. Después, la imaginación infantil, que es la verdadera esencia del juguete, creó lo demás. En unos casos hizo coches, en otros camiones, motos, tractores...

Éste es uno de los hechos de su vida que más nítidamente me lo retratan, y de los que más me gratifica recordar. Lo sitúo imaginándome la emoción que le embargaría en ese trayecto de regreso, por reencontrarse con nosotros, y por traer aquella maleta llena de ilusiones.

Semana Santa.

De la Semana Santa tengo pocos recuerdos, pero muy marcados. Los oficios religiosos en esta época condicionaban más que en cualquier otra la vida del pueblo. Todas las actividades, fuesen de la índole que fuesen, se adaptaban a las litúrgicas. La ornamentación de la iglesia, sobria de por sí, más lo parecía, tapadas todas imágenes con moradas telas. Y las procesiones, que eran muy seguidas por todo el pueblo, a mi entender gozaban de más fervor que los propios actos celebrados en el interior.

Aún participando de ese recogimiento, para nosotros los niños la Semana Santa era fundamentalmente una fiesta. Recuerdo como más propio de una romería que de una procesión la subida de los apóstoles al “Calvario”. Era espectacular. Yo siempre iba muy cerca de “San Pedro”, que encabezaba la fila, porque sabía que debajo de esa careta y de esos ropajes iba Antonio Vidal.

El domingo de resurrección era un verdadero alboroto, y hasta tal lo era, que resultaba costumbre normal que los niños arrastrásemos por las calles innumerables latas y cacharros ruidosos enganchados en una cuerda, ante la pasividad y casi la complacencia del resto.

Me gustaría apuntar aquí, y en honor a esa raza de mujeres garridas del Iznalloz de aquella época, que aparte del “oficial” de la carretera de Bogarre de la Semana Santa, durante el resto del año existían muchos “Calvarios”: Cada una de las empinadas cuestas que muchas habían de subir cargadas con la pesada cruz de los cántaros de agua...

“Trabuco”.

Como último apunte relativo a la vida de mi padre quisiera intercalar este relato. Digo intercalar porque lo que voy a contar ahora sucedió inmediatamente después de 1957, año en el que salí de Iznalloz, que describiré al final, cerrando el escrito.

Existe una raza de perros que no tienen “raza”, es decir, los comunes, los corrientes, los vulgares. Esos que por haberse “mezclado” -qué hermosa palabra: mezclarse- perdieron su pedigrí. Si no se les detectan determinadas cualidades para algunos menesteres, la caza por ejemplo, su aprecio por ellos suele ser escaso o nulo, cuando en realidad son unos animales maravillosos, pudiendo llegar a convertirse en inseparables sombras de las personas que decidiesen ser sus dueños. Podríamos decir, si tuviesen raciocinio, que la única aspiración de sus existencias consiste en conseguir esa persona a la que acompañar, serle fiel y someterse a ella –en el más estricto sentido de la palabra-. “Trabuco” encontró a mi padre.

Estuvo con él desde su inicio, o, incluso antes: -“Que no se te olvide, que cuando para la perra ya sabes que quiero uno”, le oía decir cada vez que pasábamos por un cortijo cercano que se llamaba “Periate”, a nuestro regreso del “cortijillo” de Antonio Vidal, cuyo nombre oficial por cierto era “Granja Santa Isabel”.

Al principio, cuando era como un precioso osito de peluche, como es lógico, fue juguete nuestro; “padeció” ser juguete nuestro, Y es que nosotros –que creo que teníamos todavía menos “conocimiento” que él- terminábamos agotándole, y casi siempre buscaba refugio en las cercanías de mi padre. Así es que ya desde cachorro, y como si de un patito pequeño se tratara, siempre estaba detrás de él. Sería exagerado decir que trabajó con él, pero no que fue un soporte fundamental no sólo en sus faenas de labranza sino que también fuera de ellas.

Su constancia hizo que todos los paisajes supiesen de su figura. Tras de las de mi padre, todas las veredas supieron de sus pisadas. Todas las carreteras, todas las cunetas, todos los caminos... Ambos pisaron el mismo fango de las acequias, las mismas agujas de las ortigas, las mismas empedradas ascuas de las eras. Tanto sobre los fríos como sobre los ardientes terrones, ajustando siempre los pasos a los de su dueño, siempre fue su sombra, vertiéndose, zancada a zancada, en cada huella de sus abarcas...

Y cuando llegó el dolor, todavía más compañero: junto a los pies de la cama estuvo su aposento. Era rara la noche en la que después de trabajar no subía algún amigo a visitarle. En bastantes ocasiones el dormitorio se llegaba a quedar pequeño y mi madre había de sacar al animal para colocar sillas alrededor de la cama. Al primer descuido que se quedaba la puerta abierta retomaba su “posición”, y vuelta a empezar. Cuantas veces era sacado, volvía a entrar.

El mimetismo con su dueño llegó a ser total. La más leve mejoría en el enfermo le colmaba de entusiasmo, así como las recaídas le sumían en el desánimo más profundo, incluso en la inanición. Fue el auténtico termómetro de su enfermedad. El médico (D. Leonardo), que frecuentemente lo visitaba, acuñó la frase. Cuando el estado era favorable, zalamero salía a su encuentro: “Buenos días Federico, “Trabuco” ha salido a decirme que hoy estás mejor”. Cuando estas situaciones de bonanza se producían, incluso acompañaba a mi madre a hacer los “mandaos”. Pero cuando sucedían las contrarias, había de ir sola: el animal no abandonaba la habitación.

Fueron siete meses. Conociendo a mi padre puedo imaginar el complemento que pudo suponer la presencia de “Trabuco” en este último período de su vida. Estoy

seguro que a través de mi madre nos tuvo a mi hermano y a mí, internos en un colegio de Valladolid; y también seguro, de que en esa hermosa vela, en “Trabuco”, no sólo estaba encarnado el animal. En el suelo, o en la grupa de su cama, en “Trabuco” mi padre tuvo el campo, el arado, la trilla, la tórtola, la verde espiga niña y la recolectada del costal... Seguro que también tuvo la quebradiza escarcha de los charcos para su fiebre, la brisa del campo para su sopor, y los nevados surcos de luna para su almohada... En sus pies estuvo el rasante perfume del tomillo y en su frente la esplendorosa altura del verde maíz. Seguro que sus manos, aunque ya torpes y gastadas, pudieron disfrutar toda esa hermosura tactando el lomo del noble animal...

Nadie me dio noticias de su presencia en el cortejo ni en el entierro. Seguro que estuvo, pero en esos momentos no se suele reparar en tales intrascendencias. Lo que me da pie a suponer que sí lo hizo, pero a una distancia prudencial. De lo que sí hubo constancia inmediata fue que al día siguiente imperturbable ya estaba allí, continuando su vela. Mañana, tarde y noche. Tumbado sobre la fría baldosa, cuan largo era, o cuan corto -ignoro su tamaño de adulto, lo conocí cachorro-, allí estaba sencillamente tratando de bajarle calor a la persona que se lo había proporcionado en vida. Así un día y otro, una semana y otra, un mes y otro.

Se dice que los animales no piensan: Que lo suyo es instinto. Que no tienen inteligencia ni capacidad de raciocinio. Que hacen las cosas obedeciendo un código atávico de misteriosos resortes. Lo cierto es que nos superan, parcialmente, en múltiples aspectos físicos, y con toda rotundidad, en bastantes de comportamiento, como afecto, fidelidad, entrega...

Se convierte en el comentario general del pueblo. Apenas se mueve, si no es para tomar algún alimento que le proporciona la caritativa mano de la señora Herminia, o para hacer esas necesidades tan innecesariamente necesarias con que personas y animales hemos sido lastrados.

Mi madre hubo de venirse a Madrid y las noticias que recibía a ese respecto seguían siendo las mismas, que a su vez a mí me enviaba: -“Fede, de “Trabuco” todo igual, me dice Herminia que allí sigue sin moverse”. Yo le contestaba a vuelta de correo: -“Mamá, tienes que ir y traértelo a Madrid”.

Cuando mi madre volvió, fue una fiesta: brincaba, saltaba, giraba continuamente a su alrededor y garabateaba en pequeñas carrerillas que iniciaba y terminaba con un brío alocado. Sus patas delanteras estaban más tiempo en mi mamá que en el suelo... La acompañó en todas sus visitas: -“Algunos días, cuando le bajamos flores a Federico, le llevamos comida”, “Yo suelo mandar al niño con las sobras de la mesa”. Fueron unos días muy alegres para “Trabuco” -me contó mi mamá-. Se olvidó de todo, ya tenía una dueña a la que seguir, por tanto alegría y una nueva vida. Todo hasta que llegó el momento de subir al tren. Volvió a agachar la cabeza, comenzó a retroceder lentamente, y a una determinada distancia atornilló literalmente sus cuatro patas al suelo, y ya fue imposible acercarlo. Luego, cuando el tren hubo arrancado, como si fuese un galgo, lo acompañó en enérgica e infructuosa carrera...

Volvió a su “aposento”, y allí retomó esa su incubación inversa, que no proporcionaba calor a ninguna vida que hubiera de nacer, sino que procuraba mantenerse a una parte de la suya, que se le había ido.

Me contaron que alguien, sin duda con la mejor de sus intenciones, quiso sacarle de aquella claustrofobia de los cuatro cipreses, y que disfrutara de ese inmenso paraíso abierto de miles de pinos. Se lo llevó de caza a la sierra. Pero sucedió lo

inevitable. Estaba muy acostumbrado a la comida fácil, y el pobre animal seguramente pensó que aquella tan exquisita y bien preparada se la había puesto la Herminia...

Su pelo era color canela. Ignoro porqué le pusieron "Trabuco".

N. L. A.

En este minirelato que voy a contar aludo a una persona a la que, aunque voy a tratar con un infinito respeto, me referiré sólo por sus iniciales. Infinito respeto y mucho cariño. Vivía, junto con una hermana, en una casa de la plaza. Ambas solas. Y aunque todo el edificio era de su propiedad, o eso creo, ocupaban solamente la parte alta del mismo, que si mal no recuerdo tenía tres plantas. O, para ser más preciso, vivían recluidas, de forma voluntaria, en esa altitud. ¡Ay!, cuánto de desconocido en esos laberintos del pensamiento humano. Una de ellas salía ocasionalmente para el acopio de provisiones. Se relacionaba con la gente lo imprescindible para hacer la compra y poco más. Cuando le preguntaban por su hermana siempre tenía alguna excusa para justificar su ausencia; pero, aunque muy escasamente, salía, constituyendo el único nexo de unión de esa casa con el pueblo. "N." no salía jamás.

Evidentemente que este aislamiento le resultaba extraño a la gente del pueblo, y a nosotros los niños más que extraño, misterioso. Cuando pasábamos por la puerta, que siempre estaba cerrada, mirábamos hacia arriba intentando verla. Pero el destino aún le tenía preparado mucha más desesperanza a aquella casa, cuando fallece la hermana que solía salir.

Ahora sí que "N" se quedó sola, sola y aislada en su monástica altura. Algunos comentan que se ha ido del pueblo, otros que sigue allí. Durante un tiempo existe la incertidumbre. Pero no se ha marchado: de vez en cuando se ve una silueta que sigilosamente se vuelve a esconder. La actitud hacia ella cambia entonces de forma radical. Antes era de despreocupación: -"Si ella quiere vivir así, dejémosla". Ahora es de solidaridad, de querer ayudarla. Fueron a verla varias mujeres, entre ellas mi mamá. No obstante durante bastante tiempo se siguió negando a salir. En algunas ocasiones descolgaba una cestita con una cuerda por si alguien quería echarle algún alimento. Los niños, que éramos muy crueles, recuerdo que desde abajo le cantábamos un estribillo que rimaba así: "N. L. A. tira los meaos por el balcón". En realidad nos tiraba agua.

Se comentaba que en algunas ocasiones salía, siempre de noche y tapada para no ser reconocida. Yo por mi parte dejé de cantarle la cancioncilla, cuando me dijo mi madre que en las visitas, entre otras cosas, le hablaba de mí: "Los niños son así, no te preocupes Carmela, de todas formas él no se mete conmigo, es de los más formalitos". Desde aquel día sí lo fui. No sé si sería por eso, o por qué, pero parece que me tomó cierto afecto. Pero aunque la situación había mejorado con algunas salidas muy tímidas, y muy espaciadas en el tiempo, ella seguía confinada en aquel torreón, que nuestra fantasía infantil llegaba a concebir incluso almenado, pues el edificio hacía esquina y su ático era algo irregular.

La tarde víspera de mi Primera Comunión muchos niños la habíamos pasado en la iglesia confesando y ensayando el acto del día posterior. "Ahora nada más llegar a casa os acostáis, para no cometer ningún pecado y estar mañana en gracia de Dios", nos dijo el cura como despedida. Lógicamente, y aunque aún no había anochecido, para no cometer pecados, nada más llegar a casa me acosté.

Entre sueños sentí que mi madre levemente me movía: “Fede, cariño despierta. Despierta y baja un momento que te han venido a ver”. “Ha venido “N”, que me prometió que quería verte vestido de Primera Comunión, y mañana con tanta gente no se atreve a salir”.

Mi Primera Comunión.

El día fue espléndido. Los niños nos sentíamos como príncipes rodeados de princesas en el altar. Nos emparejaron niño-niña. A mí me tocó una preciosa niña gitana. ¡Qué pena que no recuerde su nombre!

Espléndido el día, como digo, espléndido también de regalos y espléndido, cómo no, el resplandeciente estreno de una vestimenta que se pasea durante toda la jornada para su exhibición. Aunque en mi caso el estreno ya se hubiera producido la noche anterior...

Despedida.

Brillaban los ojos de las personas que estaban en la estación. No era domingo, por eso eran pocas. Pero esta vez sí habían ido a despedir a alguien. Partía el tren de las cinco que yo ya no vería alejarse, porque iba en él.

Era 1957, y como era enero, seguramente los aceituneros en esos momentos dejaron de trabajar.

Federico Guerrero.